

El intelectual y su mundo

Tomás Bernal Alanis*

SAID, Edward W.

Representaciones del intelectual

Tr. Isidro Arias. Barcelona, Paidós, 1996. 125 pp.
(Paidós Studio, 113).

El libro *Representaciones del intelectual* del pensador Edward W. Said nos trae a la memoria el difícil papel que tiene que desempeñar siempre el intelectual en relación a su mundo. No nada más en lo que tiene que ver con su contexto histórico, sino también con sus preocupaciones como hijo de su época, de una cultura y de un espacio geográfico, llamado nación.

Para iniciar, Said pertenece a esa *intelligentsia* árabe que arribó al mundo occidental para estudiar y preparar un contradiscurso a la intelectualidad hegemónica de Europa y Norteamérica. El autor –según el antropólogo Josep R. Llobera– ha creado un lenguaje contestatario hacia la cultura occidental, en el concepto de Orientalismo¹, para hacer un frente ideológico de lucha anticolonialista.

En este incesante tránsito de intelectuales colonizados que van a estudiar a las metrópolis y que después teorizan sobre una propuesta contracultural, la historia tiene muchos ejemplos: Kenyata, Franz

Fanon, Rabindranath Tagore, Mohandas Gandhi para mencionar sólo algunos. Para ellos lo fundamental es generar un diálogo de igual a igual.

Para lograrlo, tienen que buscar una independencia frente al poder. Difícil situación del intelectual, pero es en ese rechazo a las instituciones y al discurso oficial donde puede encontrar su verdadero papel de agente moral, de cambio social o, por qué no decirlo: de representar un papel público ante la opinión de la sociedad.

En ese dilema, Said enfoca todo su interés a establecer el papel del intelectual, y lo expresa de la siguiente manera: "El intelectual tiene que ir de acá para allá, ha de disponer del espacio en que se mantiene erguido y responde a la autoridad, puesto que el sometimiento mudo a la autoridad en el mundo de hoy es una de las mayores amenazas para una vida intelectual activa y moral."²

Con esta postura, el intelectual tiene que desempeñar un papel de ser pensante e inteligente que sepa mantener su distancia respecto a los mecanismos de control que puedan utilizar el Estado o sus instituciones para manipular esa capacidad creadora. Esto puede hacerlo escribiendo, hablando, apareciendo en algún medio de comunicación o en cualquier otra presentación intelectual frente al público.

Este distanciamiento necesario nos trae a la mente la diferenciación que hizo el gran sociólogo alemán Max Weber entre el papel que desarrolla un político y un científico³, como muestra de espacios diferenciados y de funciones distintas en la sociedad. Cada cual en su terreno, sin pensar que esa separación es total y absolu-

ta. Las redes de lo social son permeables a infinidad de campos, en los cuales su influencia tiene innumerables repercusiones.

De aquí la insistencia en Said de reconocer que el intelectual juega un papel central en la configuración de nuevas redes entre él y el poder. ¿Hasta dónde llegan los límites de dichas relaciones? ¿Son complementarias o excluyentes? Preguntas mordaces que el autor se hace, sabiendo que su papel es el de pensar. Y piensa críticamente, como afirma Said muy acertadamente: el intelectual tiene que ser un francotirador.

Ante esta definición, el intelectual se mueve ante los fenómenos sociales como un intelectual tradicional o un intelectual orgánico. El primero, con la tarea de reproducir y enseñar un discurso aprobado por una historia, un grupo o un poder; y el segundo, con el enorme reto de representar a un público en sus demandas o insatisfacciones frente al sistema.

Según esta visión creada por Antonio Gramsci, el intelectual está del lado del poder o es un enemigo de él. Y en este papel de agente que piensa y transforma, el intelectual obedece a su cons-

tante preocupación de mantener su reducto de autonomía frente a la autoridad.

Pero, según Said, también hay otro tipo de limitaciones: la especialización, la "corrección política" y la inevitable tendencia de acceder al poder. Las tres matan la curiosidad de ampliar los horizontes, de moverse de acuerdo a los dictados de grupos de denominación "izquierdista" y de ser adoptados por los innumerables brazos del levitán, respectivamente.

Basados en estos obstáculos, el docto tiene que tener la suficiente fuerza para mantener una postura digna ante el poder y saber desenmascarar a tiempo aquellos procesos que justifican las acciones de ciertos grupos y que explicitan lo siguiente: "la tarea del intelectual consiste en mostrar cómo el grupo no es una entidad natural o de origen divino, sino una realidad construida, manufacturada, e incluso en algunos casos un objeto inventado"⁴. Función ineludible de todo estudioso que quiera considerarse como tal, es la de saber desarmar un discurso oficial o un conocimiento implementado para la estandarización de un proceso de dominio ideológico.

Esta preocupación se refleja en la pesquisa por intentar un nuevo enemigo del *status quo* mundial. Ya no es el monstruo rojo del comunismo sino, tal vez, los fundamentalismos que están surgiendo a finales de este siglo, y que de alguna forma ponen en entredicho la viabilidad del mundo occidental capitalista.

Por lo tanto, hay que estar atentos. Said es un intelectual conocedor de estas contracorrientes en la historia. De ahí su interés por reconocer los cambios que se están dando en el mundo de hoy, para proponer una ética viva del intelectual que los ve, los lee y los entiende desde su atalaya, para después intentar transformarlos ■

NOTAS

- 1 Llobera, Josep R. *La identidad de la antropología*. Barcelona, Anagrama, 1990. pp. 109-126. (Argumentos, 110).
- 2 Said, Edward W. *Representaciones del intelectual*. Tr. Isidro Arias. Barcelona, Paidós, 1996. 125 pp. (Paidós Studio, 113).
- 3 Weber, Max. *El político y el científico*. Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- 4 Said, Edward W. *op. cit.* p. 48.